

Días sofocantes, atardeceres de cuadro y noches estrelladas. Asados hasta tarde y ventanas abiertas que dejan entrar una suave brisa. Cortinas que van y que vienen mansamente y un día siguiente que parece prometedor. Luces que se apagan una a una y un sueño que va ganando adeptos sin mayores sobresaltos...

De pronto, y sobre todo varias veces en lo que va del verano, lo que era una apacible noche de verano se convierte en una tormenta de viento y furiosa lluvia. Nos despertamos asustados, a cerrar ventanas, combatir goteras y trabar postigos. A menudo el servicio meteorológico nos lo adelanta, pero la mayoría de las veces no. Truenos, relámpagos y granizo. A lo lejos, sirenas que se acercan y que pronto nos ensordecen. Un accidente, un rayo que al caer hizo estragos o un pedido de ayuda.

No sé si es que con los años uno toma mayor conciencia de las cosas, pero lo cierto es que cada vez es más difícil —por no decir imposible— disfrutar esas noches como lo hacíamos en otros tiempos: desde la cama, escuchando el repiqueteo contra las tejas y con la mente en blanco. Sobresaltos varios y una repetida sensación de alerta nos mantienen en vilo y alejan hasta el amanecer la posibilidad de descansar.

Vienen cuando se pone el sol y nos sorprenden en medio de la noche. Tormentas de verano les dicen. Son breves, repentinas y dejan, a pesar de su escasa duración, ramas caídas, inundaciones y la sensación de que la energía ganada al llegar la madrugada fue esta vez, y cada una de estas veces, insuficiente.

Rosario Lanusse
Directora

